

---

# La prosa bella de Rubén Darío

---

*Su prosa inconfundible encontró un molde perfecto en ese género periodístico híbrido, la crónica, que él y otros modernistas de su generación contribuyeron a dignificar.*

FRANCISCO FUSTER GARCÍA

Rubén Darío, uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos y de los menos comprendidos y más injustamente atacados por enanos literarios, tiene atada a su lira una cuerda propia y un poco adaptada por exigencias de la vida o del cerebro, nunca del espíritu, de oro: es la cuerda de su periodismo lírico, lleno de líneas brillantes y aromadas, sin pompa ni exuberancia, ni extravío. Porque aunque se ve que la mano de poeta tiende y se escapa a cada momento a las notas divinas de las otras cuerdas, no sé qué voluntad firme, qué resistencia formidable la retiene en la vibración agria. De esta mezcla nace la prosa bella de sus cartas, matizada, ondulante, un poco desordenada, llena de fugas a lo invisible, de aspiraciones a la luz.

Juan Ramón Jiménez  
'Reseña de Peregrinaciones', de Rubén Darío  
*Helios*, núm. 1, abril de 1903

César González-Ruano gustaba de precisar que no es lo mismo ser un escritor "de periódicos" que un escritor "en periódicos". La diferencia que establece la preposición, insistía el articulista madrileño, es la

misma que existe entre el periodista de profesión que ejerce una labor básicamente informativa, y el escritor vocacional que, por circunstancias de la vida, derivadas por lo general de la necesidad de supervivencia, se ve obligado a levantar parte de su obra literaria sobre ese noble –pero siempre efímero– andamiaje que son las hojas de un diario o de una revista.

Si cito estas palabras es porque creo que sintetizan muy bien la distinción que conviene hacer a la hora de hablar del autor del libro que pretendo presentar con estas breves páginas. Porque, aunque el destino y la historiografía literaria hayan querido que se le conozca sobre todo por su poesía, Rubén Darío fue también –y muchas veces al mismo tiempo, compaginando la devoción por el verso con la obligación de la prosa– un escritor “en periódicos”, por usar la categoría acuñada por González-Ruano. Como otros modernistas hispanoamericanos que publicaron buena parte de sus textos en ese soporte (desde José Martí hasta Enrique Gómez Carrillo, pasando por Julián del Casal o Manuel Gutiérrez Nájera), Darío fue durante casi toda su vida periodista. De hecho, fueron sus colaboraciones en prensa las que le posibilitaron vivir de su pluma con una solvencia que ni los irregulares ingresos recibidos por esos cargos diplomáticos que a temporadas desempeñó, ni las ridículas ganancias obtenidas por la publicación de sus libros le hubiesen permitido.

Creador de una vasta obra poética cuya originalidad estilística ha sido unánimemente aceptada, Darío fue asimismo autor de una importante y no menos renovadora obra en prosa en la que ocupan un lugar central sus artículos periodísticos, recogidos en títulos ya clásicos como *Los raros* (1896), *España contemporánea* (1901), *La caravana pasa* (1902), *El viaje a Nicaragua* (1909), *Letras* (1911) o el ahora reeditado, *Peregrinaciones* (1901), por citar solo algunos. Y es que, como ha explicado Ángel Rama, el escritor nicaragüense formó parte de ese grupo de modernistas hispanoamericanos que integraron “la brillante generación de los periodistas, a veces llamados a la francesa *chroniqueurs*, encargados de una gama intermedia

entre la mera información y el artículo doctrinario o editorial”<sup>1</sup>. En este sentido, se puede decir que Darío fue uno de esos poetas que, no pudiendo vivir de sus versos, tuvo que reinventarse como escritor para adaptar su preciosista y recargado verbo a la demanda de ese exigente público que a principios del siglo XX leía la prensa para informarse y cultivarse. Este proceso gradual de búsqueda y adecuación (no digo conversión porque nunca dejó de ser poeta) tuvo lugar en esa escuela o laboratorio de experimentación que fueron para él los periódicos, empezando por los pequeños rotativos locales de Nicaragua o Chile donde publicó sus primeros escritos, y siguiendo por su feliz llegada al prestigioso diario *La Nación* de Buenos Aires, a cuya plantilla se incorporó como corresponsal en 1892, para permanecer como firma en nómina durante casi veinticinco años.

Fue en la prestigiosa página 3 de *La Nación* donde perfeccionó su prosa hasta hallar la fórmula mágica en un estilo personal –aunque de reconocida influencia francesa– capaz de saciar la curiosidad de un público argentino deseoso de saber lo que ocurría en Europa, sin tener que sacrificarlo todo al contenido, pues como él mismo dijo en el prefacio a sus *Cantos de vida y esperanza* (1905), “la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres”<sup>2</sup>. Además, y para acabar de redondear el éxito, Darío encontró para su prosa inconfundible un molde perfecto en ese género periodístico híbrido, la crónica, que él y otros modernistas de su generación contribuyeron a dignificar. Y fue, por supuesto, en *La Nación*, donde se publicaron los textos que luego dieron cuerpo a *Peregrinaciones*<sup>3</sup>. Darío, que siempre había tenido como meta visitar París (en eso no le podemos considerar una excepción, sino parte de la regla general), vio cumplido su sueño cuando, a principios de 1900, la redacción del periódico porteño lo eligió como corresponsal para cubrir la información sobre la Expo-

<sup>1</sup> Ángel Rama: *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas/Barcelona, Alfadil Ediciones, 1985 [1970], págs. 67-68.

<sup>2</sup> Rubén Darío: ‘Prefacio’, en *Cantos de vida y esperanza*. Prólogo de Alberto Ghirardo, Madrid, Espasa-Calpe, 1976 [1905], pág. 20.

<sup>3</sup> Todos los textos que después pasaron a ser capítulos de *Peregrinaciones* (1901) fueron publicados primero –entre el 23 de mayo de 1900 y el 11 de febrero de 1901– como crónicas de viaje en *La Nación*.

sición Universal que iba a tener lugar ese año en la capital francesa. Y aunque ya había visitado la Ciudad de la Luz en 1893, ahora tenía la oportunidad única de hacerlo como enviado especial para contar a la Argentina —y, por extensión, a toda América— un acontecimiento de impacto y alcance no solo europeo, sino mundial.

Como contó años después en su autobiografía, el París de la Exposición Universal con la que se cerraba un siglo y se abría otro fue para él “un deslumbramiento milunanochesco” que permitió a sus “ojos despiertos” y ansiosos de novedades deleitarse con “panoramas que sólo había visto en las misteriosas regiones de los sueños”. Es lo que se deduce de la lectura de las primeras crónicas —luego convertidas en capítulos de libro— publicadas en *La Nación* entre mayo y septiembre de 1900. Nuestro autor recorre todo tipo de palacios y pabellones nacionales embriagado por ese oropel que todo lo envuelve: obras de arte, inventos prodigiosos, avances científicos y tecnológicos; todo es fascinante y digno de comentario. La Exposición es una puesta en escena inimaginable en la que no puede faltar nada ni nadie, y en la que, además de lo que se exhibe, también se pone en juego —aunque sea de forma simbólica— el siempre complejo equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias mundiales que luchan por afianzar su poder geopolítico (estamos en plena carrera imperialista y en el periodo de expansión de unos Estados Unidos en clara competencia con Europa).

“En lo más agitado de la Exposición de París”, dice en el capítulo LIV de su autobiografía, y tras haber surtido de datos e impresiones a los lectores argentinos que siguen sus crónicas con interés, decide huir del agotador barullo para emprender un viaje a Italia que es para él —como antes lo había sido la visita a París— “un deseado sueño”, pues “bien sabido es que para todo poeta y para todo artista el viaje a Italia, al tradicional país del arte, es un complemento indispensable en la vida”. En efecto, no hay más que leer el primer párrafo de su *Diario de Italia* y ver ese evocador despliegue de referencias eruditas para entender el valor formativo que para el poeta nicaragüense tuvo la cultura italiana clásica.

Empezando por Turín y terminando en Roma, previo paso por Génova o Pisa, Darío emprende un recorrido sentimental por varias ciudades italianas que va glosando en una especie de dietario en el que cabe todo: desde las habituales descripciones características de la literatura de viajes modernista más canónica, hasta episodios tan íntimamente vividos como ese encuentro casi celestial con el Papa León XIII en la Basílica de San Pedro. Son apenas tres meses de peregrinaje cultural y religioso —reflejados en 11 crónicas publicadas entre octubre y enero— en los que, salvo por algunos detalles que observa y que le llaman la atención negativamente, disfruta de su idealizada Italia, a la vez que aprovecha para renovar su inquebrantable fe católica.

Con su vuelta a París en las postrimerías del año, ya clausurada o a punto concluir la Exposición, los juicios darianos sobre la ciudad adquieren un tono inequívocamente crítico; las loas y los parabienes se tornan en censuras y reproches a esa otra realidad oculta bajo las apariencias. Son crónicas en las que Darío se adentra en esa ciudad-monstruo que era el París *fin de siècle* para revolver sus tripas y sacar a flote toda la inmundicia, toda la indecencia de una sociedad infectada con el veneno de su doble moral. Las andanadas lanzadas en capítulos como el titulado *Reflexiones de año nuevo parisiense* o el dedicado a la lastimosa muerte de Oscar Wilde no son ataques dirigidos únicamente contra la ciudad del pecado, sino que van más allá y colocan en el punto de mira al conjunto de una civilización europea que vaga perdida y sin rumbo, subida en “esta locomotora que va con una presión de todos los diablos a estrellarse en no sé qué paredón de la historia y a caer en no sé qué abismo de la eternidad”.

Son las dos caras de la misma moneda: de una modernidad que ya desde sus inicios siguió su propio camino dejando en la cuneta a muchos descontentos. En cualquier caso, y por lo que nos contó en estas *Peregrinaciones*, Darío quiso vivir todas esas experiencias y quiso emborracharse de una ciudad que le atrapó por lo bueno y

le ganó por lo malo: “El influjo y el encanto de París son los mismos para todos; mas cada cual los recibe conforme con su temperamento y su manera de encarar la vida. París es embriagante como un alcohol; hay personas refractarias a todas las alcohólicas intoxicaciones. Hay quienes hacen de París su vicio”<sup>4</sup>.



[Introducción de la obra *Peregrinaciones*, de Rubén Darío, que publicará próximamente la editorial Renacimiento en su colección *Los viajeros*, con edición, introducción y notas de Francisco Fuster García].

FRANCISCO FUSTER GARCÍA ES DOCTOR EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

---

<sup>4</sup>Rubén Darío: ‘París y los escritores extranjeros’, en *Letras, Obras completas*. Vol. VIII, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1921 [1911], pág. 11.